

# *Sofía Teófila de los Dolores llega viva al último día de su muerte*

Fernando Contreras Castro.

**S**in haber siquiera atisbado aún el objeto de su existencia, de un tirón le arrancan la vida, y de un tirón la sumergen en la más abismal de las interioridades imaginables: la del fantasma que no puede renunciar a su memoria.

Sólo después del brutal arrebato que vuelve el espacio tan abstracto como el tiempo es que Sofía encuentra el cuando y donde repasar su vida para dar con una biografía construida casi en su totalidad de materiales aportados por otros,

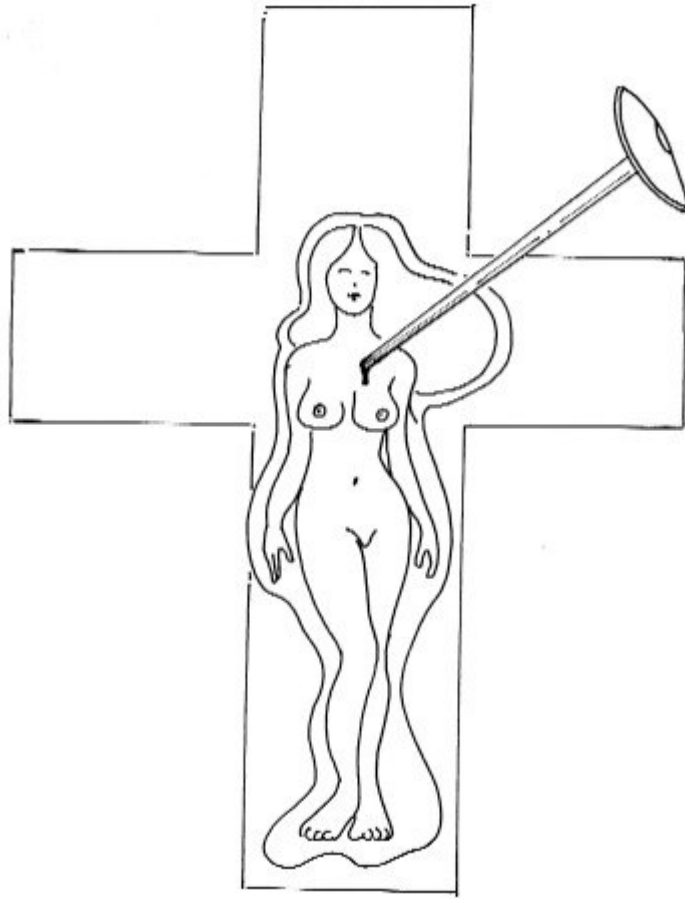
Siempre por otros y nunca por ella misma. La muerte la arma entonces de herramientas para replantearse la vida y ver con dolorosa claridad la pobreza y mezquindad de los valores que determinaron su breve existencia y mas aún, que tales valores no eran diferentes de los que mantenían esclava a su tierra desde el día en que Colón creyó hallarse frente a la mítica Cipango, no muy lejos de Catay.

Al margen de su muerte, Sofía contempla el curso de la Historia, trazado por lo que mas de un siglo después Tatiana Lobo, su insólita biógrafa, llamaría “ la lógica, invento de la razón masculina”. La historia de los hombres, por un lado la caída de un imperio venido a menos que no logra retener a Cuba como caja chica de sus inopinados gastos, y por otro, el peón 4 rey del liberalismo costarricense, es el escenario que la mujer contempla desde su exilio interior, donde su vida silenciada se transforma en una conversación cadenciosa con la niña que fue, la adolescente que fue, la mujer que fue y el espectro que es ahora; conversación, por que nada de ello tiene cabida en la estrechez del monólogo, porque si en la vida, su existencia se vio reducida a la unidimensionalidad, en vida de su muerte, su ser accede a la pluralidad.

*El Año del Laberinto* teje un hilo de Ariadna para hurgar en las entrañas de la historia ventanas afuera, en la historia acomodaticia y protéica del periodismo y la historia siete veces filtrada y depurada de la oficialidad, de los textos escolares plagados de guerras casi mitológicas y héroes de espadas y corcel. Pero el hilo es a su vez conductor con el relato de ventanas adentro la historia de la minucia y del detalle, la historia desde el ojo sin reflejo en el espejo de un fantasma de mujer que no privilegia a la baldosa del Teatro Nacional sobre el tablón humedecido de la casa de putas, que no privilegia al distinguido abogado sobre patilludo raterillo; relato que nada debe y a nadie intenta complacer sino, que se abre generoso para dar lugar a todos.

Que se narra entonces en este descompromiso con la oficialidad, si de la mujer que en vida fuera, la historia no recuerda nada o casi nada que, para decirlo en buen cubano, “no es lo mismo pero es igual”, y de los héroes, lo revisa todo o casi todo? La respuesta esta en el dato trivial y cotidiano.

En las ediciones históricas de **El Heraldo** está el molde en el que se formó y deformó a la opinión pública. En la gaceta están los decretos, los imperativos categóricos, el flogisto y demás principios de la combustión liberal que predestinarían la suerte y la mala suerte de los costarricenses, y en la paredes de un salón del congreso cuelgan los retratos de la estirpe presidencial del país pintados con el mismo pincel arvesado de la impunidad.



En el relato, en cambio, están los versos fallidos del totémico periodista Pío Víquez, sus gustos francesados y su maldito jipijapa que estorba como si el lector tuviera que cargárselo a donde vaya. Está la conversación casual del tres veces presidente Ricardo Jiménez con la célebre cucaracha, y están en sus detalles las carambolas del billar y las del poder, todo en impávido equilibrio con la historia de la campesina que pasa de empleada doméstica a madame del más triste chisperillo de la capital, en relevos con el recuento de las angustias de la esposa del general Maceo y las esperanzas libertarias de los rebeldes cubanos.

En el relato están los aguaceros interminables, las calles retorcidas, el perfil de las montañas y la peste del banano, introducida por contagio directo por Keith y su séquito de liberales criollos.

Están los perezosos que cuelgan de los árboles del parque central y están las putas desmerecidas que con o sin hijos a costas son víctimas de la doble moral de la josefina cristiandad.

Y está la víctima sacrificial en la boca del laberinto, Sofía Teófila de los Dolores quien después de un breve estupor cae en cuenta de que eso que le ha ocurrido es aquello que un babalawo leyó en los caracoles de su destino y no se lo dijo, y que las alas de una paloma tampoco pudieron barrer de su suerte: la muerte inapelable.

No hay alternativa, no queda sino trascender el umbral del laberinto y echar a andar memoria adentro en busca de una explicación las menos de las veces, y las más, tras las huellas de sus propios pies a lo largo de su corta vida. La muerte ofrece sin reparo todo lo que la vida le negó: el encuentro con su hermoso cuerpo, la tregua con sus deseos y la oportunidad de perdonarse sus temores, todo como un dilatado ritual que concluirá con una decisión, la única, seguramente, de su vida y que habrá de tomar ya muerta.

Mientras tanto, ventanas afuera, los cubanos fraguan en las calles la libertad de la isla en medio de la rutina de un pueblo que levanta su ostentoso Teatro Nacional sobre los cimientos del liberalismo de corte positivista inglés que ya ha convertido al país en un lamentable enclave bananero.

En la puertas del laberinto el grupo de Rafael Iglesias, heredero y parricida del llamado “grupo del Olimpo” logra el poder en las elecciones de 1889/90 con el apoyo del clero que ya había sido lesionado por las leyes liberales que secularizaron los cementerios, expulsaron a los jesuitas y la enseñanza laica. Sin embargo, con su apoyo al candidato de Iglesias, el señor José Joaquín Rodríguez, el clero no logra evitar que el “Gallo de Lata”, una vez en el poder después de la averiguada victoria de las elecciones de 1893/94 del partido civil, reformara el artículo 36 de la constitución y constitucionalmente eliminara al clerical Partido Unión Católica.

Al margen de las intrigas políticas, Sofía observa la metamorfosis de su cuerpo: la eclosión de sus senos, la humedad de sus primeras menstruaciones y la determinación de sus primeros deseos, que habría de inhibir en aras de la cohesión familiar y la buena marcha de la revolución, de acuerdo con las justificaciones de su madre para darla en matrimonio a su tío. En plena lucidez de su alma sin cuerpo, ella se pregunta: “A qué mierda le importa mi nombre de mujer?, quién fue Sofía, que hizo...?; pero preguntas de esa magnitud parecen ser patrimonio del común de la gente porque la historia y las guerras son propiedad de los aspirantes a patrióticas estatuas o al menos, a materia de examen de obligada lesión de cívica.

Al buscarse a ella misma, Sofía parece buscar a todos los omitidos por la memoria oficial. Su queja de valer menos que el tabaco y el azúcar, e importar menos que un enclave bananero, es la queja del desposeído existencial, del marginal de las páginas de largueza historia desprovista de los detalles que hacen las vidas del gentío y las muchedumbres, de modo tal que entre la Sofía que en vida pasaba entre los adobes de la casa de la Calle del Laberinto, ajena al acontecer de su época, la Sofía espectral que tampoco sale de ahí, la diferencia radica en que ahora está condenada a reflexionar en torno a la condición humana y a inventarle paliativos al absurdo, que ya no pueden ser las llamadas “labores propias de su sexo”.

“Un Nuevo Crimen”, ventilan las páginas amarillistas y amarillentas de El Heraldillo: festín del canibalismo abogadil, mampra del respiro de ahogado de España por sostener su último reducto colonial, y circo para entretener el hastío cotidiano de la capital de calles de polvo, por que el sacrificio de una víctima es, necesariamente, de carácter estratégico. Cuando el sacrificio se lleva a cabo con el beneplácito de la víctima, el muerto agarra cara de héroe, pero cuando se trata de un asesinato, su rostro se desdibuja de la memoria colectiva rápidamente, y de las memorias individuales conforme van ellas muriendo a su vez.

Para Sofía, a fin de cuentas, ese espolón que hendió el torrente del aburrimiento público un tiempo en los periódicos era su única vida, silenciada en parte por su condición de mujer de su hogar en un entorno de hombres públicos, en parte por la grandísima apatía de su época. El Año del Laberinto la despierta de su letargo de más de un siglo no porque morir asesinada sea un mérito que la distinga de las demás mujeres silenciadas de entonces ni de los hombres igualmente acallados no por su género sino por su condición social, sino por que el relato de su muerte, el recuento de su vida y el rastro de su fantasma son también la fisura en el tiempo para volver sobre las vidas y las muerte del común de la gentes, sobre sus resignaciones y sus esperanzas, sobre sus manías y sus costumbres, sus temores nocturnos y sus aspiraciones diurnas y demás minucias cuya existencia demostraría fácilmente hasta la más descuidada comparación con la íntima rutina de vida de cualquiera de los que pasan un día y al punto desaparecen borrando sus huellas con la cola, inmersos en eso que Tatiana, corrigiendo oportunamente a Conrad, llama “ *la inmensa indiferencia de la Historia*”.

La última noche de su vida la muerte sorprende a Sofía en la gelatina de un sueño, sin haberse atrevido nunca a las posibilidades de su voluntad ni al potencial de su deseo. El último día de sus muerte, en cambio, es una cosecha a punto, una decisión absolutamente suya, es la reconciliación con su cuerpo ahora cadáver, con su voluntad y con su deseo. Probablemente sea también una muerte estratégica, esta vez sin mártires ni estatuas mentirosas, porque su memoria vuelve a escala humana la medida de la historia, y recoge indiferente levitas y chaquetas porque al fin y al cabo, en cueros quién los distingue a sus usuarios?

11/05/2000

San José.